



Fratres in Unum

Tendiendo puentes entre el cielo y la tierra





**Hermanos de
las Escuelas
Cristianas**

Fratres in Unum

Tendiendo puentes entre el cielo y la tierra

Carta Pastoral a la Familia Lasaliana

Hno. Armin A. Luistro FSC

Superior General

Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas Oficina de Información y Comunicación

Casa Generalicia, Roma, Italia

25 de diciembre de 2025

Traducción

Hno. Agustín Ranchal FSC

**Texto original en inglés*



(a) **Made in**
Indivisa
Font
indivisafont.org

HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

Fratres in Unum

Tendiendo puentes entre el cielo y la tierra

CARTA PASTORAL A LA FAMILIA LASALIANA

Hno. Armin A. Luistro FSC
Superior General

25 de diciembre de 2025

La[★]Salle

Índice

Génesis		4
Un sencillo contacto.		
<i>El comienzo de un encuentro</i>		
01.	La fiebre de la juventud	11
02.	Nunca solos	15
03.	Solo vence quien protege	19
04.	Una gran familia desordenada	23
05.	Truenos y relámpagos	27
06.	Tejiendo sueños	32
07.	Sed de presencia	37
08.	Mil gongs	41

09.	La pedagogía de la fraternidad	45
10.	Extraños encuentros	55
11.	Círculos en expansión	59
12.	La frágil cercanía	67
13.	Los sabores de la amistad	73
14.	Más allá de la zona de confort	77
15.	Jóvenes soñadores	81
16.	Nuestro pan de cada día	89
Apocalipsis Una misma copa. <i>Reflejo de Comunión</i>		94

Génesis: un sencillo contacto

El comienzo de un encuentro

Nuestro anfitrión conducía a nuestro grupo a un aula de preescolar con unas tres docenas de niños felizmente entretenidos con la actividad del día. Todos estaban muy animados y me saludaban alegremente mientras yo iba de mesa en mesa. Todos ellos, excepto un niño de cuatro años. Sergio estaba absorto en sí mismo y ni el colorido, ni la música, ni el ruido a su alrededor podían sacarlo de su soledad. En medio del gran alboroto creado por nuestra intrusiva presencia, este niño de cuatro años se me acercó muy sigilosamente y simplemente se abrazó a mis piernas. Me senté en una de las sillas bajitas de los niños para acoger su fuerte abrazo y mirarle a los ojos. Pero Sergio escondió su cabeza en mi regazo y se limitó a repetir: “mamá, mamá”.

Durante un minuto sagrado, me sentí profundamente conectado con Sergio, a quien sostenía en mi regazo. Conectado conmigo mismo. Con toda la humanidad. Con mi Dios. En un instante, me di cuenta de que estaba entrando en el reino del misterio. No el que pertenece a la categoría de un

rompecabezas sin solución, sino el que desentraña verdades más profundas a cada nivel superior de compromiso.

Me sentí real, profundamente humano y felizmente divino.

“O somos hermanos y hermanas, o todo lo demás se desmorona”.¹

El papa Francisco destacó en muchas ocasiones nuestra fraternidad universal, recordándonos a todos que “*nacemos del mismo Padre*”. No solo estamos hechos de la misma fuente genética, sino que hemos sido creados por el mismo Dios amoroso que nos da la existencia porque nos ama. ¡Existo porque soy amado! Incondicionalmente. Infinitamente. Eternamente.

¡Qué cambio tan radical con respecto al principio cartesiano de la duda radical, “*;Cogito, ergo sum!*”. El encuentro casual con Sergio me llevó a una mayor conciencia de una presencia profunda que exigía una respuesta urgente y real. Cualquier duda que tuviera sobre mi existencia o mi capacidad para marcar la diferencia en nuestro mundo pasó a un segundo plano ante una situación urgente que exigía MI respuesta inmediata. Me enfrentaba a una necesidad expresada por alguien que alzaba su mirada para buscarme y buscaba consuelo. Podría haber dado la espalda a la realidad y todo habría vuelto a desvanecerse en el limbo del

1 Papa Francisco. *Primer día Internacional de la Fraternidad Humana. Videomensaje*. 4 de febrero de 2021. https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/pont-messages/2021/documents/papa-francesco_20210204_videomensaggio-giornata-fratellanza-umana.html

vacío y de la oscuridad. Como la hierba que se marchita y se sofoca.

Decidí implicarme. Se forjó un vínculo fraternal. Dos desconocidos ahora están comprometidos el uno con el otro como compañeros de fatigas. El encuentro fortuito se transformó en un momento lleno de gracia.

Encontré un nuevo significado en esta nueva realidad. Me redescubrí a mí mismo, mi vocación, mi Dios.

Ese momento fue innovador, conmovedor. La experiencia de ser parte de una presencia amorosa —para mí y para el niño que sostenía en mi regazo— cambia la forma en que percibimos la realidad. Nunca volvemos a ser los mismos. Quien se sumerge en la temeridad del amor percibe el mundo de otra manera: la luz nunca se apaga. De repente, los problemas hallan solución. Nada es imposible. La bondad se vuelve ilimitada. Los desafíos solo nos hacen más fuertes. Rebosa la alegría. La esperanza no defrauda.

En una conversación informal con el Hermano Luis Gustavo Meléndez FSC, teólogo de la Pontificia Universidad de México, le comenté que el tema de mi Carta Pastoral de este año es la fraternidad y que me gustaría conocer su opinión sobre cómo se conecta este tema con la Trinidad. Me envió un excelente artículo sobre la Trinidad como modelo por excelencia de la fraternidad. En lugar de citar extensos extractos de su trabajo académico en esta Carta Pastoral, pensé que lo mejor era mantener intacto su artículo completo y ponerlo a disposición en un futuro próximo para aquellos que deseen profundizar más en el tema. Por ahora,

deseo compartir a continuación algunas ideas del artículo del Hno. Gustavo, resumidas en afirmaciones que podrían ayudar a enriquecer nuestra comprensión y profundizar nuestra experiencia de la Santísima Trinidad, y cómo este misterio se refleja en nuestra fraternidad lasaliana.



Dios es Uno, pero no una Mónada. Nuestra consagración lasaliana articula esta verdad. Nuestra fórmula de votos comienza con una invocación directa a la Trinidad —Padre, Hijo y Espíritu Santo— recordándonos que nuestras vidas no se ofrecen a una fuerza impersonal, sino a un Dios que es comunión. Los teólogos han descrito durante mucho tiempo a la Trinidad como una “comunidad de amor”. Esto significa que la identidad más profunda de Dios es una relación que se engendra y se basa en la diferencia y la unidad, una relación de amor. El Padre se entrega por completo al Hijo. El Hijo recibe y devuelve ese amor. El Espíritu es el vínculo de unidad entre ellos, un amor tan real que es en sí mismo una persona divina en comunión con las otras dos personas. Esta dinámica de dar, recibir y corresponder no es algo que Dios hace. Es lo que Dios ES. Cuando lo entendemos así, todo cambia. La comunidad ya no es una estrategia. Se convierte en la imitación sagrada de la propia vida de Dios.



Amar es conocer a Dios. San Agustín de Hipona escribió una vez que la Trinidad puede concebirse en términos humanos como el amante, el amado y el amor entre ellos. Insistió en que el amor no es un concepto, sino una forma de conocer. No se llega a comprender a Dios solo con el intelecto. Se llega a conocer a Dios amando como Dios ama. Esto habla profundamente a nuestro espíritu lasaliano. No construimos

la comunidad definiéndola. La construimos viviéndola, con actos de presencia, de bondad, de fidelidad y de servicio. Llegamos a comprender la fraternidad no teorizando sobre ella, sino arrodillándonos junto a un niño que llora o escuchando pacientemente a una hermana o un hermano cuyas opiniones difieren de las nuestras. Es en estos momentos cuando estamos más cerca del misterio de Dios. No porque podamos explicarlo, sino porque nos asemejamos a él.



La relación como identidad. Santo Tomás de Aquino profundiza en esta interpretación al explicarnos que, en Dios, la relación no es algo añadido a la esencia. En Dios, la relación es la esencia. El Padre es Padre porque engendra al Hijo. El Hijo es Hijo porque recibe y corresponde al amor del Padre. El Espíritu procede de ambos, no como una idea adicional, sino como expresión de la unidad perfecta. Esto significa que, incluso en nuestras propias vidas, ser una “persona” no es ser un yo aislado. Es estar en relación. Es pertenecer. Esto es profundamente contracultural en un mundo que a menudo valora la autonomía por encima de la comunión o la autosuficiencia por encima de la interdependencia. La Trinidad nos recuerda que nos realizamos plenamente cuando vivimos para y con los demás.



Dios como diálogo, no como jerarquía. Joseph Ratzinger, que más tarde llegaría a ser el papa Benedicto XVI, describió la Trinidad como un “ser dialógico”. Dios, dijo, no es primero sustancia y luego relación. Dios es relación en todo momento. Habla de las personas divinas no como funciones que se asignan, sino como una conversación eterna de amor. El Padre se entrega en amor. El Hijo recibe y devuelve

ese amor. El Espíritu completa la comunión. Así pues, Dios no es una cadena de mando, sino una armonía de entrega mutua. Imaginemos que nuestras comunidades vivieran así, no como pirámides de autoridad, sino como círculos de confianza. No con roles rígidos, sino con corazones abiertos. Este es el reto y la invitación.



Comunión sin uniformidad. Teólogos contemporáneos como el cardenal Walter Kasper y Gisbert Greshake hablan de la Trinidad como *communio*, una unión que no borra las diferencias, sino que las celebra. En su opinión, la vida divina no es una línea recta, sino un movimiento circular, una danza. Nunca es estática. Siempre está transformándose, siempre fluyendo, siempre amando. Esta es una perspectiva liberadora. Significa que la unidad no es la ausencia de diferencias. Es lo que ocurre cuando la diferencia es acogida, cuando se mantiene en el amor, cuando se convierte en el espacio donde Dios habita. Para nosotros, en la Familia Lasaliana, con nuestra amplia diversidad cultural, lingüística y vocacional, se trata de una verdad esperanzadora. No estamos unidos porque seamos iguales. Estamos unidos porque nos entregamos mutuamente en nombre del amor.



No solo un misterio, sino un espejo. Con la esperanza de que podamos reconocer mejor la Santísima Trinidad que habita en nosotros, deseo compartir contigo dieciséis breves reflexiones que provienen de diferentes contextos, perspectivas y momentos de nuestro mundo lasaliano. Por muy diversas que sean, las viñetas que aquí aparecen están vinculadas por un hilo conductor común: cada una manifiesta la vida de la Trinidad reflejada en la experiencia humana. Encontrarás personas que eligieron la relación por encima de la

conveniencia. Oirás hablar de fidelidad, presencia y perdón. Percibirás la imagen de la fraternidad, no como teoría, sino como encuentro vivido. Son historias de fraternidad vividas en la alegría, en el conflicto, en la callada fidelidad.

Cada viñeta es una ventana que se asoma a lo que significa vivir como si Dios fuera comunión, porque Dios lo es. Te invito a que mires tu propia historia. Piensa en el compañero que permaneció a tu lado durante una época complicada. El alumno que te enseñó la humildad. El Hermano que te ayudó a sentirte apreciado. La comunidad que te sostuvo cuando no podías caminar solo. En esos momentos, viviste la Trinidad. Puede que no lo hayas dicho con palabras, pero lo habrás hecho vida. Y de ese modo, habrás hecho visible el amor de Dios. Eso es lo que revelan las siguientes viñetas.

La fraternidad no es un ideal lejano, sino algo que ya está transcurriendo: en nuestras aulas, en nuestras oficinas, en nuestras obras educativas y en nuestros corazones. Que nosotros, como una Familia Lasaliana, continuemos la sagrada labor de hacer visible el amor del Dios Trino en nuestro mundo, con audacia profética y con gran alegría.



01.

La fiebre de la juventud



COLETTE ALIX es actualmente la directora de las *Fraternités Éducatives La Salle* en el Distrito de Francia y Europa Francófona. Escribe sobre cómo los jóvenes de hoy encarnan la vitalidad de la fraternidad, recordando a la Familia Lasaliana que redescubra la compasión, la creatividad y la transformación mutua a través de su ejemplo.



Nuestro mundo está urgentemente necesitado de fraternidad. ¿Puede la Familia Lasaliana guiarnos por este camino? ¿Quién nos está llamando, si no son los jóvenes?

Como educadores, existimos ante todo para responder a sus necesidades, para que puedan construir un futuro esperanzador. A los jóvenes les commueve instintivamente el sufrimiento de los demás, la guerra, las heridas de nuestro planeta. Sus clamores, sus preguntas, sus encuentros y sus oraciones se convierten en una llamada para nosotros: ver el mundo con sus ojos, caminar a su lado. Ellos nos han sido confiados, pero también son nuestros hermanos y hermanas, que nos ayudan a no permanecer insensibles.

Georges Bernanos nos recuerda:

“Es la fiebre de la juventud la que mantiene al resto del mundo a la temperatura adecuada. Cuando la juventud se enfria, el resto del mundo se estremece”.

¿Elegimos estremecernos de miedo o mantener viva la calidez de la fe juvenil?

La fraternidad no es solo un ideal, es nuestra herencia. Fluye del “*juntos y por asociación*”, se vive a diario en nuestras escuelas y se extiende hacia la fraternidad universal del papa Francisco. Decir “*Viva Jesús en nuestros corazones*” supone acoger no solo a Cristo, sino a cada persona como imagen de Dios. No puede haber hospitalidad sin fraternidad. Si nos tomamos en serio nuestra impronta lasaliana, entonces nuestras comunidades y nuestras escuelas deben ser escuelas de fraternidad.

¡Y qué programa tan exigente es este! Sin embargo, lo hemos visto vivo: en la alegre hospitalidad de los niños de la escuela de Baskintah; en los saludos sonrientes de los alumnos de Notre Dame de Furn El Chebbak, algunos de los cuales más tarde se perdieron en la guerra; en los jóvenes de Burdeos dando forma a su proyecto *de fe, fraternidad y servicio*; o en los voluntarios de SeMIL dejando atrás las comodidades para atender a los más necesitados.

Pero quizás la fraternidad no comienza en lo que damos, sino en nuestra actitud al recibir. Los niños van por delante. Nos recuerdan que debemos arrodillarnos a su altura, fijarnos en la alegría de una sonrisa que nos devuelven, escuchar a un niño que irrumpie en la oficina con una noticia: “¡quiero bautizarme!”. Nos agradecen las lecciones que

repetimos durante las vacaciones, organizan colectas para Haití, Guyana y los bancos de alimentos locales, consuelan a sus compañeros de clase que sufren. Una y otra vez, nos sorprende la creatividad y la generosidad de los jóvenes.

Para avanzar en la fraternidad, debemos dejarnos transformar —ser transformados— por aquellos a quienes educamos, aprendiendo de ellos, para poder ofrecerles aún más a cambio.

Así, animados por este **carisma de fraternidad**, confiada para siempre como un don del Espíritu, la Familia Lasaliana, fiel a su tradición, permanecerá atenta **para que el mundo tenga vida, vida en abundancia** (Jn 10, 10).



02.

Nunca
solos

Colette, en su segunda viñeta, escribe sobre la presencia y la atención incondicionales, especialmente hacia los más débiles, revelando el Reino de Dios en los actos cotidianos de compasión en las escuelas. Además de su función en el Distrito, también participa activamente en muchos grupos y foros lasalianos regionales y mundiales.

En una ocasión, cuando era directora, matriculé a un alumno que venía de otra escuela. Tenía muchas dificultades para aprender y parecía muy perdido, pero algo me decía que podíamos acompañarle y ayudarle a crecer. Dos años y medio más tarde, cuando se graduó antes de entrar en el instituto de secundaria, su madre vino a verme. Con lágrimas en los ojos, me susurró unas palabras que aún resuenan en mi corazón: *“otros también prometieron cuidar de Sébastien, pero usted... usted lo hizo. Gracias”*.

Desde ese día, con frecuencia me he preguntado: ¿por qué dijo eso? Los otros profesores no eran malas personas. ¿Qué le hizo sentir que con nosotros había algo diferente, que su hijo había sido realmente atendido, no solo de palabra, sino con promesas? Cada vez, vuelvo a la misma convicción: ¿no es esto la fraternidad? Estar presente con paciencia, amabilidad y confianza, especialmente para los más débiles... quedarse cuando los demás se marchan.

Esto se convirtió en una cantinela en el seno de nuestra comunidad educativa: nunca dejar que un niño sufra en solitario. Ya fuéramos profesores, personal de servicio o directivos, aunque no conociéramos personalmente al niño, tratábamos de vivir las palabras de Jesús:

**“tuve hambre y me disteis de comer;
fui forastero y me acogisteis” (Mt 25,35).**

Para muchos en la escuela, esto era algo natural. En algún momento, ellos mismos habían sido acogidos. Por eso, daban gratuitamente, sin dudar, sin esperar reconocimiento, simplemente para devolver la sonrisa al rostro de un niño.

¿No es esta la forma más auténtica en que nosotros, laicos comprometidos con nuestra profesión, bebemos de la fuente viva que ha manado durante más de 300 años y que la Regla de 2015 de los Hermanos de las Escuelas Cristianas resume en el número 15? *“Los Hermanos, entre sí y con los otros, hacen visible el Reino de Dios”*.

Por supuesto, la fraternidad no siempre es evidente. A veces, ir a trabajar puede parecer simplemente reparar lo que está roto. Y, sin embargo, es indispensable. La forma en que una comunidad convive siempre se refleja en la vida de los alumnos. En momentos de prueba o de alegría —cuando se incendia la casa de un alumno, al nacer un hijo o durante una boda— nos movilizamos. Encontramos formas de ayudar, aunque eso significara reorganizar toda la escuela. Nunca me sorprendió que los propios alumnos se ofrecieran a adaptarse, deseosos de que sus compañeros pudieran acompañados con amor.

De esto se trata la fraternidad en acción: a menudo discreta, pero fundamental. Quizás sea incluso lo nuclear de nuestra misión. Sin ella, surgen las divisiones, crecen los malentendidos y la escuela se tambalea. Al igual que una persona que olvida quién es, una escuela sin fraternidad se vuelve vacía.

Por eso pregunto: ¿no es esto cierto en todos los niveles de nuestro mundo lasaliano, desde el más local hasta el más universal? La fraternidad es exigente. Desde Caín y Abel hasta nuestros días, nos llama a la honestidad, la confianza y el valor de discrepar para poder reconciliarnos. Y, sin embargo, cuando el otro rehúsa, lo único que podemos hacer es mantener vivo nuestro espíritu fraternal y confiar

el silencio a Cristo, el que nos hace a todos hijos de Dios, hermanos y hermanas, reconciliados en el perdón.

La fraternidad en las escuelas puede parecer paradójica, pero durante más de 300 años, los lasalianos —Hermanos y Co-laboradores juntos— han demostrado que es posible. Ahora nos corresponde a nosotros la responsabilidad de encarnarla en todas partes: entre las mujeres y los hombres, entre la humanidad y la creación, y entre la humanidad y Dios.

Y entonces, juntos, podremos cantar:

**“Entonces, de tus manos brotará
una fuente/La fuente que inventa
la tierra del mañana/La fuente
que inventa la tierra de Dios”.**²



2 “*Ta nuit sera lumière de midi*”, de Michel Scouarnec y Jo Akepsimas: “*Alors, de tes mains, pourra naître une source, / La source qui invente la terre de demain/La source qui invente la terre de Dieu*”.

03.

Solo vence quien protege



Vincenzo Rosati es un joven profesor del Distrito Lasaliano de Italia. Enseña griego y latín, pero sigue comprometido con jóvenes en situaciones sociales complejas fuera de las escuelas formales. Aquí escribe sobre cómo podemos ser “hermano con hermano, Cristo con Cristo” en nuestros encuentros audaces y generosos con los marginados.

Me encuentro en un campamento romání a las afueras de Nápoles, durante los largos meses del Covid. Se esperaba que los niños siguieran las clases a distancia, pero no tenían Internet, ni dispositivos, ni posibilidades reales. Un joven voluntario, consciente del elevado riesgo de contagio en un lugar así, fue de casa en casa con un par de tabletas y un punto de acceso portátil. Con valentía y ternura, el aprendizaje regresó a sus vidas. Esto es fraternidad.

Estoy en una prestigiosa escuela en el centro de Roma, donde la ambición y el éxito material parecen dictar el ritmo de la vida. Sin embargo, un pequeño grupo de alumnos, apasionados por el fútbol, eligió otro camino. Pasaron una semana en los suburbios, donde la supervivencia es el objetivo diario, para jugar al fútbol social, un juego en el que hombres y mujeres, niños y adultos, sin discapacidades y con capacidades diferentes jugaban todos en el mismo equipo. Su lema era:

“Vince solo chi custodisce”
(“Solo vence quien protege”).

Esto también es fraternidad.

Estoy en un internado al que llegan niños dañados, desconfiados, humillados, que a veces llegan a despreciar sus propias vidas. Su dolor a menudo estallaba en peleas. Un día, vi llegar en motocicleta a un hombre fuerte con el pelo largo. Reunió a tantos niños como pudo y los llevó a su padre, un médico de 90 años. Con la precisión de un médico experimentado y la ternura de un padre, trató a cada niño: a uno por un fuerte dolor de espalda, a otro por un dolor de estómago, a otro por una tos persistente. Y cada visita



terminaba con la misma bendición: *“Prenditi cura di te, figlio mio”* (“Cuídate, hijo mío”). Esto es fraternidad.

Me encuentro en un pueblo pobre y aislado en las montañas de México. Un hombre alto llamó suavemente a una puerta que estaba entreabierta y dijo: “hola, ¿podemos entrar para saludarle?”. Desde dentro llegó la respuesta: “por supuesto, esto es lo que estoy preparando y, mientras tanto, le prepararé una taza de café”. Entró, se sentó en un sofá desgastado y compartió generosamente la humanidad de su historia, reconociendo la mano de Dios en los momentos de fragilidad. Esto es fraternidad.

Más tarde, la gente me dijo: *“¡qué joven tan maravilloso eres! Has dado tu vida por los niños y las personas necesitadas”*. Esto no es lo que busca la fraternidad. Seguir a Cristo no es

acumular elogios, sino seguir la fragancia viva de Cristo en cada persona y en cada momento de encuentro.

En mis últimos cuatro años de vida, que he pasado en diferentes misiones lasalianas, he descubierto esta verdad: la vida siempre te la da otra persona, alguien que conoces y que te revela a Cristo, y en quien tú eres Cristo para ellos.

Tu historia no importa, ni tampoco tu cultura o tu lugar de nacimiento.

En ese **momento de encuentro**, dejas de ser solamente tú.

Te conviertes en hermano con hermano, hermana con hermana, Cristo con Cristo.



04.

Una gran familia desordenada



Vincenzo, en su segunda viñeta, comparte cómo una situación de caos y división puede transformarse en un espacio de pertenencia a través de nuestra humanidad compartida, revelando la fraternidad como algo frágil y redentor. Recientemente ha realizado un voluntariado para prestar su servicio en la Casa Hogar de los Pequeños en el Distrito de Antillas-México Sur.

Todo comenzó durante la pandemia, cuando el mundo parecía estar al borde del colapso. Por un lado, los médicos y enfermeros luchaban enérgicamente por salvar vidas. Por otro, un joven preparaba su candidatura para un doctorado. Y en medio, un recuerdo resonaba en su mente. Años atrás, se había dejado la piel trabajando con los más pobres. Una pregunta le volvía a la mente con fuerza: *si la gente ya tiene tantas dificultades en tiempos normales, ¿cómo puede sobrevivir en una emergencia?*

Así que decidió dar el paso. Un hombre alto con una camisa colorida y sandalias le dio la bienvenida en *CasArcobaleno*, una escuela en Scampia. Cada mañana, chicos y chicas de 14 y 15 años venían a prepararse para la escuela de secundaria. El joven quedó impresionado por sus modales bruscos y aparente indiferencia. Al principio, se centró solo en dar clases, convencido de que vivían en dos mundos diferentes: el suyo, inmerso en los libros, y el de ellos, centrado en la supervivencia.

Pero poco a poco, las cosas cambiaron. Pasar tiempo fuera del aula, jugando al fútbol, charlando, riendo, acortó distancias. Surgieron preguntas sinceras: “*¿por qué vinieron aquí, a Scampia? ¿Qué objetivo tienen en la vida?*”. Él les preguntó a su vez: “*¿les gustaría seguir una pasión, intentar vivir de otra manera?*”. Sus respuestas fueron crudas, pero profundamente sinceras.

Lo importante no era lo que él preguntaba, sino cómo escuchaba. La confianza comenzó a crecer donde antes no existía.

Esa confianza los llevó de vuelta a clase, dispuestos a debatir sobre literatura, incluso sobre las guerras mundiales.

Prestaban atención no porque los temas les resultaran curiosos, sino porque creían en su presencia. Se quedó con ellos día tras día, en esos edificios deteriorados, en el barrio más estigmatizado de Italia. Pronto, el apodo cambió: ya no era “*o chiattil*” (“rico” o “hijo de papá”), sino “*o fratm*”, un hermano.

Él también se encariñó con ellos. Empezó a ver su fragilidad oculta bajo las toscas palabras. Su mente y su corazón cambiaron: se dio cuenta de que el respeto no depende de conocer completamente la historia de otra persona.

La vida, después de todo, siempre se vive como se puede, rara vez como uno espera. Ellos también, cambiaron, descubriendo que **el mundo podía albergar no solo miseria, sino también arrecifes de coral de belleza, lugares seguros que dan esperanza.**

La fraternidad no terminó en *CasArcobaleno*. Por las tardes, el joven seguía a un voluntario de 80 años al cercano campamento romaní. El camino mismo anunciaba su destino: desde las afueras de las afueras, a través de caminos rotos, hasta hogares improvisados. Allí, palpitaba la vida: los niños saltaban a los brazos, los padres hablaban de luchas y celebraciones, bodas y enfermedades. El anciano se movía como un padre renacido: prestaba dinero a una madre, acompañaba a un trabajador al médico, se aseguraba de que los niños asistieran a los programas extraescolares. Daba su aliento, aunque fuera el último.

El joven voluntario lo siguió, aprendiendo de cada paso. Lo que al principio parecía un lugar desesperanzador se convirtió en un barrio lleno de vida, impregnado del aroma de la vida real. Entabló amistad con una adolescente romaní, también alumna suya en *CasArcobaleno*, a la que le encantaba bailar con sus primos. Su familia, pobre pero resiliente, sobrevivía como podía. Ella aprobó sus exámenes con determinación, lo que le llenó de alegría y orgullo. Al final del verano, el voluntario se sentía integrado en esta gran familia desordenada y alegre. Compartía comidas, jugaba con los niños, visitaba hogares. Incluso los sábados, a menudo prefería comer pizza con los jóvenes romaníes a salir a otros sitios. Pero entonces, una noticia le conmocionó: la chica de 14 años a la que tanto quería había sido vendida para casarse en Francia. Ese día, más que ningún otro, comprendió el dolor de perder a una hermana.



05.

Truenos y relámpagos



Heather Ruple Gilson ha sido presidenta de la Comisión de Asociación del Instituto y coordinadora de Vocaciones Lasalianas y Asociación en el Distrito de Irlanda, Gran Bretaña y Malta (IGBM). Ella comparte su “pequeña fraternidad familiar” donde el amor persevera a través de la fidelidad diaria y la fe compartida.

Julio de 2023. Estamos recibiendo a nuestra comunidad lasaliana del sur de Inglaterra en nuestro jardín para una barbacoa de verano. Había amenaza de lluvia, tal vez una pequeña tormenta eléctrica, así que cambiamos para más tarde la hora original fijada para el encuentro, con la esperanza de que las posibilidades de lluvia redujeran. Habíamos planeado un momento de oración, comida y tiempo de convivencia. Cuando la gente llegó, salió el sol y disfrutamos compartiendo y poniéndonos al día al aire libre, un regalo poco común en Inglaterra. Mi marido estaba en la parrilla preparando la comida y habíamos dispuesto una variedad de platos en nuestra mesa compartida. Momentos de risas. Mis hijas corrían encantadas con la extraordinaria atención de los Hermanos, los Colaboradores y los voluntarios lasalianos que forman nuestra Comunidad Lasaliana.

Entonces el cielo se oscureció, el viento arreció y oímos un trueno a lo lejos. “Pasará”, dijo Emma. Pero, de hecho, no pasó. De repente, se abrió el cielo y empezó a llover a cántaros. Llovía con gran intensidad. Luego vino el granizo. Después, los truenos y los relámpagos. Y allí estábamos nosotros, 20 lasalianos apiñados bajo el pequeño toldo que habíamos colocado, salvo unas pocas personas sensatas que habían corrido a refugiarse en el interior. El viento nos azotaba mientras todos nos agarrábamos al toldo para evitar que se lo llevara.

Finalmente, aprovechando el parón de la lluvia y el granizo, los que habíamos quedado fuera entramos. Empapados por la lluvia, la comida estaba mojada y sin cocinar. Mientras el numeroso grupo intentaba encontrar espacio en la cocina y la sala de estar, se distribuyeron toallas. Me di cuenta de que no se iba a perder la cuidadosa planificación del día, la preparación, la idea que había tenido. Nos reagrupamos y

nos adaptamos. Disfrutamos juntos de una comida un poco empapada. Rezamos, no la oración que había planeado, sino que dejé que mi hija mayor compartiera una oración espontánea de agradecimiento a la que todos respondimos ¡AMÉN!

En ese momento, reunida con mi familia y mi Familia Lassaliana, sentí el profundo latido de mi vocación dentro de la vocación y el impulso de nuestra pequeña fraternidad familiar dentro de la fraternidad.

La vocación y la fraternidad no son un camino recto que seguimos. Son aprender, día a día, a decir “sí” a las personas, a los momentos y a la misión que se nos ha confiado colectivamente. Son un entretejido de muchos hilos: amor, servicio, fe, audacia. Son el trabajo lento y paciente de dejar que la luz de Cristo brille a través de los actos sencillos y cotidianos de cuidado y compromiso.

En primer lugar, soy esposa. Prometí una vida a alguien, no solo un momento, no un sentimiento, sino una vida. He aprendido que el amor es más que una emoción; es una ofrenda diaria. Es escuchar cuando más bien preferiría hablar. Es perdonar cuando sería más fácil recordar. Es elegirse mutuamente una y otra vez, incluso cuando la vida nos empuja en mil direcciones diferentes. ¿No es esto el núcleo de la fraternidad?

Además, soy madre. Dios me confió dos pequeñas vidas, no para poseerlas, sino para acompañarlas. La maternidad ha

expandido mi corazón más allá de donde que jamás pensé que podría llegar. Me ha enseñado a amar sin condiciones. A ser una mano firme, un lugar suave donde descansar, una voz que les recuerde quiénes son: amadas, únicas y capaces de hacer un gran bien en un mundo que las necesita infinitamente. ¿No es esta la llamada que nuestros alumnos y otras personas nos hacen a diario?

Y en todo esto, soy lasaliana. El carisma de san Juan Bautista de La Salle, que veía a Cristo en cada niño, que creía que la enseñanza era un acto de servicio sagrado, me llama al compromiso con los más necesitados. Mi identidad lasaliana me recuerda que cada relación, ya sea en casa o fuera de ella, es “tierra sagrada”.

Mi vocación como lasaliana no está separada de mi vocación como esposa y madre. La profundiza. Es la “llamada dentro de una llamada” de la que hablaba la Madre Teresa. Vivir mi “vocación dentro de una vocación” es permitir que una llamada nutra a la otra.

No siempre es fácil. Algunos días hay tormentas. Algunos días me siento abrumada por las necesidades y la presión. Algunos días olvido que la vocación no consiste en grandes gestos, sino en pequeños actos de fidelidad. No se trata de ser perfecta en la comunidad, sino de estar presente en la comunidad.

**Basta con que, a mi modesta manera,
intente reflejar la presencia de Cristo
a los demás a través de mis vocaciones
vividas en mis fraternidades.**



06.

Tejiendo sueños



En su segunda viñeta, **Heather** describe cómo una reunión de mujeres lasalianas se convierte en un espacio sagrado de sororidad, que encarna la fraternidad a través de historias compartidas, dignidad y misión. Se le agradece mucho su contribución a tender puentes entre la formación, la misión y la identidad lasaliana global.

“Los círculos de las mujeres que nos rodean **tejen redes invisibles de amor que nos sostienen** cuando estamos débiles y cantan con nosotros cuando somos fuertes”.³



Octubre de 2019, meses antes de que el mundo cambiara para siempre. Un grupo de unas veinte mujeres se congrega en el Centro de Formación de la Casa Madre en Roma. Un grupo de Colaboradores y Hermanos de toda la Familia Lasaliana nos encontramos reunidos para un programa internacional sobre Asociación. Por capricho, decidí organizar una sesión informal para que las mujeres del programa se conozcan entre sí y conozcan nuestras realidades de misión y vocación. Somos de Argentina, Francia, Congo, Italia, Estados Unidos, Kenia, Sri Lanka y otros puntos de la Familia Lasaliana. Estamos casadas, solteras, somos madres, hijas, hermanas y tíos. Somos líderes en la misión, maestras, asistentes administrativas,

³ Cf. <https://www.planetsark.com/circles-of-women/>.

formadoras. Somos jóvenes, de mediana edad y también personas crecidas en sabiduría.

Nos sentamos con tazas de té y café y charlamos informalmente antes de centrarnos con una breve oración. Compartimos nuestros nombres, de dónde somos y dónde desempeñamos nuestra misión. Las que pueden traducen discretamente para las demás. Comenzamos a conversar sobre nuestras realidades y experiencias como mujeres que trabajan dentro de una congregación masculina fundada para enseñar a los niños. Compartimos las alegrías de nuestra vocación y el don de las relaciones y la fraternidad con otros lasalianos. Compartimos nuestras frustraciones al sentirnos —y a veces ser— tratadas como inferiores. Compartimos los desafíos de conciliar los compromisos familiares con nuestro profundo compromiso con la misión. Compartimos lo vital que es la fe. Compartimos historias de éxitos y fracasos. Expresamos nuestra preocupación por las alumnas —mujeres y niñas— que no pueden asistir a la escuela debido a la pobreza menstrual y al peligro de desplazarse hasta ella y volver a casa. Nuestros corazones se rompen con profunda tristeza por la violencia de género que existe más allá de las puertas de nuestras escuelas y que, en ocasiones, se cuela en ellas.

Se suponía que íbamos a hablar durante cuarenta y cinco minutos; en cambio, la conversación se prolonga durante tres horas, hasta que la cena está lista y alguien tiene que encender las luces. Durante la cena, algunos hombres del programa se quejan de que se sienten excluidos. Los Hermanos, sin embargo, reconocen la necesidad de este espacio y lo fomentan.

La sororidad forjada en esas pocas horas creó un **espacio para que el Espíritu se moviera e inspirara nuevas acciones.**

Es muy poderoso sentir el sentido de pertenencia y tomarse el tiempo para encontrarse con otra persona con todo el corazón. Es muy poderoso sentirse vista, conocida y amada, para poder sentirse empoderada para compartir el amor de Cristo con los demás. Es lo que anhelan nuestros alumnos y todos aquellos a quienes servimos. Pertener y contribuir a nuestra misión como lasalianos y lasalianas, y en última instancia a la misión de Dios, es el propósito de la fraternidad.

En este encuentro improvisado, cuyo único objetivo era que las mujeres se conocieran, se creó un espacio sagrado: el espacio sagrado de una sororidad que nace dentro de la fraternidad. En inglés, la palabra “fraternidad” suele entenderse con matiz masculino. En algunas partes del mundo, las fraternidades son exclusivas para hombres. Al crear este espacio de sororidad, no nos estábamos separando de la fraternidad, sino que la estábamos encarnando: un espacio donde todas se sentían valoradas y seguras, a pesar de las experiencias vividas por tantas mujeres y niñas.

Cuando las mujeres de la Familia Lasaliana nos encontramos, no queremos excluir ni restar mérito al compromiso de los hombres o los Hermanos. Más bien, reconocemos que la mayoría de los miembros de la Familia Lasaliana tienen experiencias vividas y vocaciones únicas que deben fomentarse y acompañarse para servir mejor a la misión.

Al igual que con cualquier experiencia o estructura auténtica de la Asociación Lasaliana, nuestra misión educa-

tiva debe estar en el centro y al servicio de los jóvenes y de otras personas que más nos necesitan. Crear espacios para que las mujeres comparten sus experiencias, se apoyen mutuamente y fomenten esta sororidad debe agudizar nuestra conciencia y profundizar nuestra compasión. Debe prepararnos para acompañar mejor a nuestros alumnos, especialmente a las niñas y mujeres cuyos sueños, como los nuestros, necesitan espacio para crecer.

Quizás el Espíritu nos susurraba aquella tarde y a primera hora de la noche: si la Familia Lasaliana quiere ser verdaderamente una familia, **debemos crear un espacio en la mesa para cada relato, cada voz, cada hermana y cada hermano.**



07.

Sed
de presencia

El **Hno. Jeano Endaya FSC** es un joven Hermano del Distrito Lasaliano de Asia Oriental (LEAD) que actualmente ejerce como Director de Promoción Vocacional del Sector de Filipinas y es miembro del Equipo Internacional Lasaliano de Vocaciones. Describe cómo la presencia hace tangible el amor de Dios: “aquí estoy”.

“ Pareces muy joven, Hermano”. Se ha convertido en un saludo familiar, una primera impresión habitual.

A veces me pregunto si lo que perciben es mi juventud genuina o simplemente la perspectiva de quienes están acostumbrados a Hermanos más mayores. La callada pregunta persiste: ¿cómo conecto y oriento a quienes me encuentro por primera vez? Por un lado, ¿tengo suficiente experiencia para ganarme la confianza de los jóvenes? Por otro, ¿tengo la profundidad necesaria para conectar verdaderamente con quienes han recorrido muchos más años y con un firme compromiso con la misión lasaliana?



Antes creía que esta apariencia juvenil era un obstáculo. Me equivocaba. Al comenzar mi tercer año como responsable de la pastoral vocacional, estoy aprendiendo que no se trata de las arrugas de mi rostro o de los años que he vivido, sino de la presencia que aporto, de la conexión auténtica que se forja. Mi vocación hoy, como Hermano joven, es fundamentalmente una llamada a estar presente.

Este “ser Hermano”, este **fomento de la fraternidad sincera**, vive en el simple acto de estar presente.

Quisiera compartir algunos momentos en los que esa presencia se sintió profundamente fraterna.

La sabiduría en la edad madura: acompañando a Colaboradores lasalianos veteranos. Se me encomendó dirigir una jornada de reflexión para unos treinta Colaboradores lasalianos de Ozamiz, columnas de nuestra institución, cuyo servicio abarca entre veintitrés y cuarenta y un años. ¿Qué podía ofrecerles yo que sus décadas no les hubieran enseñado ya? Centré la jornada en una sencilla frase: “aquí estoy”. Samuel se la dice a Elí y luego a Dios; Juan Bautista de La Salle la vivió en su obediencia al regresar de Parmenia. Estos Colaboradores, a su manera, la habían repetido a diario durante décadas. No estaba seguro de si les resultaba importante, hasta que llegó un mensaje: “por encima de todo, Hermano, gracias por estar aquí”. La presencia misma había hablado.

El anhelo de presencia: conectar con los Jóvenes Lasalianos. Me dijeron, con una sonrisa irónica, que el trabajo por las vocaciones me convertiría en itinerante. Tenían razón. Me encontraba en todas partes y en ninguna: presente en muchos lugares, arraigado en ninguno. Una pregunta frecuente resonaba en mi teléfono: “¿estás aquí?”. Podía sonar exigente; ahora lo escucho como un anhelo. No solo me buscaban a mí, buscaban a un Hermano. Cuando respondía “sí, estoy aquí”, se desataban las conversaciones: historias, miedos, esperanzas, como si el tiempo no hubiera pasado. La sensación de tranquilidad aumentaba porque, en algún momento, yo había estado plenamente presente.

La llamada fraterna: estar aquí. En un mundo que se siente conectado pero que nos deja extrañamente solos, anhelamos la presencia: paciente, atenta, sin prisas. Mi itinerario como Hermano se basa en una respuesta continua y sincera a la invitación de Dios: “aquí estoy”. No es una única declaración, sino una práctica diaria, tanto para jóvenes como para mayores. Inspirados por la presencia de Jesús, que no solo conocía, sino que sentía, acogía y permitía que cada persona se mostrara tal y como era, nuestra vocación consiste en representar lo mismo. En medio del ruido digital, esa presencia se convierte en una expresión tangible de fraternidad: el amor de Dios hecho cercano aquí y ahora.

Nuestro “ser Hermano” hoy es estar presentes. **Nuestro “ser Hermano” hoy es decir a cada lasaliano que encontramos: “aquí estoy”.**



08.

Mil
gongs

El **Hno. Armin Luistro FSC** describe una experiencia de inmersión con la comunidad indígena Kalinga en el norte de Filipinas. Comparte el papel de la danza, la música y los rituales en la sanación de profundas divisiones culturales.

Imaginemos el bien que una persona puede hacer por otra. Imaginemos el impacto que un proyecto puede tener en una comunidad. Imaginemos entonces el milagro que se produce cuando las personas caminan codo a codo, unidas en fraternidad, para transformar el mundo.

Cuando las iniciativas compiten entre sí, una puede ganar por un tiempo, pero ambas pierden el sueño más grande. Solo cuando se unen las manos, el sueño de renovación y transformación toma realmente forma.

Hice un viaje de fin de semana a la provincia de Kalinga, en el norte de Filipinas, una región en la cual no tenemos presencia lasaliana, pero donde hay una capilla (sorpresa, sorpresa) dedicada a san Juan Bautista de La Salle. Fue un viaje largo y complicado: diez horas desde Manila a Tabuk, y otras dos más por carreteras llenas de baches, excavadas a lo largo de barrancos tan profundos que podrían inspirar incluso a un agnóstico a volver a rezar.

El pueblo de Kalinga se ha caracterizado desde siempre por su valentía y orgullo. Su identidad fue forjada a través de la supervivencia, la resistencia y, en ocasiones, la venganza. Cuando los primeros misioneros compartieron la historia de la pasión de Jesús, muchos instintivamente quisieron vengarlo, porque la venganza era el único lenguaje de justicia que conocían. El amor y el perdón tuvieron que aprenderse del ejemplo de otros.

Una historia de 2014 cuenta que el alcalde de un pueblo atropelló accidentalmente a un perro mientras viajaba por una carretera peligrosa. Cuando se detuvo para atender al animal herido, fue emboscado y gravemente herido. En el hospital, los ancianos de su tribu se reunieron a su alrede-

dor, dispuestos a jurar venganza. Pero el alcalde dijo: “no. No quiero que mis hijos ni los hijos de Kalinga vivan lo que yo he sufrido: años escondiéndome de las guerras tribales. No nos vengaremos”.

Su decisión sembró la semilla de la paz, una elección por la fraternidad en lugar de la división.

Menos de un año después, se hizo un llamamiento: *Awong Chi Gangsa*, mil gongs. De 47 tribus, muchas de ellas aún en conflicto, llegó la invitación para reunirse y tocar juntas al mismo ritmo. Lo que parecía imposible sucedió: antiguos rivales levantaron sus gongs no como trofeos de guerra, sino como instrumentos de armonía. Cuando los mil gongs resonaron juntos, dieron lugar a una nueva identidad: un Kalinga unido, no por la venganza, sino por la fraternidad.

¿Y si esa música también pudiera crearse con vidas y actos de servicio ordinarios? ¿Y si cada proyecto, cada acto de bondad y cada paso de fe se unieran en un gran ritmo de esperanza? ¿Podría ser que la fraternidad fuera el sueño con el poder de transformar no solo las comunidades, sino el mundo entero?

El obispo Jun Andaya de Tabuk, que convocó esa reunión de mil gongs, se atrevió una vez a soñar más allá: que algún día el pueblo de Kalinga renunciaría a las mandíbulas de la guerra y, en cambio, enterraría a sus muertos con dignidad, como un solo pueblo. Entonces se cumpliría la profecía: “*con sus espadas forjarán arados y podaderas con sus lanzas*” (*Isaías 2,4*).

Kalinga es conocida por sus gongs, o *gangsa*. Se tocan como *toppaya* —gongs golpeados con las manos desnudas mientras se está sentado— o como *paddung* —sujetados con una mano y tocados con un palo acolchado mientras se está de pie o se baila— y su sonido reverbera por las montañas. Incluso un solo gong tiene poder. Pero cuando se tocan juntos, los gongs crean una resonancia que llena la tierra, elevando el espíritu a algo más grande que cualquier intérprete individual. El *gangsa* es más que un instrumento. Durante generaciones simbolizó la fuerza y la valentía, a menudo vinculado al recuerdo de las batallas tribales. Sin embargo, lo que antes marcaba la división puede convertirse en el sonido mismo de la unidad. Una intervención que compite con otra disminuye la música; pero muchos gongs, golpeados en armonía, crean una sinfonía de fraternidad.

La fraternidad es el latido de esta misión. Es el sonido de muchas manos y corazones golpeando juntos en unidad. Es la elección de ir más allá de la venganza y la división hacia el perdón y la colaboración. Es la llamada a vivir como hermanos y hermanas, hijos de un mismo Dios, que invita a la humanidad a amar como Él ama.



09.

La pedagogía de la fraternidad



La **Dra. Marjorie Evasco-Pernia** es una poetisa filipina, escritora feminista, académica literaria y profesora emérita de Literatura en *De La Salle University* de Manila. Comparte las lecciones que ha cosechado a lo largo de su trayectoria, en la que ha ido ampliando y profundizando los círculos de fraternidad a través de su misión como docente y escritora.

Habiéndome criado en Bohol, Filipinas, mi laboratorio de aprendizaje de las relaciones afectivas fue la familia, y no solo la familia nuclear de mis padres y mis tres hermanos, sino una familia ampliada incluyendo a nuestros parientes paternos y maternos, incluso a mis padrinos de bautismo y a sus hijos, a quienes llamaba con el término honorífico *igsù*, o hermana/hermano espiritual. El término de la lengua bísayá para hermano/hermana, *igsúon*, no tiene género. Connota una relación de semejanza, que puede extenderse a la igualdad en los principios del ser y la crianza. Como la mayor y única hija, me criaron para que intentara ser un buen ejemplo para mis hermanos en cuanto al celo y la laboriosidad, que son rasgos deseables en la cultura boholana, especialmente para una niña, así como en el amor y el respeto hacia nuestros padres y abuelos.



Mis abuelos, padres, hermanos y mi hermana adoptiva del American Field Service.

Mi hermano menor, Florentino Jr., graduándose de sexto grado, y yo graduándome de la escuela secundaria del Colegio del Espíritu Santo, en la ciudad de Tagbilaran, Bohol, en 1969.

Este amor y respeto hacia los mayores se extendió también a una comunidad más amplia fuera de mi hogar, desde mis maestros desde el centro de educación infantil hasta el instituto con las Hermanas Misioneras Siervas del Espíritu Santo (SSpS). En mi barrio de *Teachers' Heights, Tamblot Street*, reconocí de niña, admirando a mis compañeros mayores de juego, que cualquier esfuerzo que hicieran por hacer bien las diarias era algo que yo debía imitar. En mi adolescencia, me di cuenta de cómo mis hermanos, mis vecinos más jóvenes e incluso los alumnos más pequeños de mi colegio se alegraban por mí cada vez que me reconocían por mi excelencia académica y mi participación extracurricular como participante en la obra anual del colegio, como editora de la publicación estudiantil o como responsable de la Acción Católica de Estudiantes. En segundo año de la universidad, estudié con los Padres de la Sociedad del Verbo Divino (SVD) con una beca como editora del periódico de los estudiantes, la revista literaria y el anuario de los graduados. Para entonces, ya era una madre joven que criaba a una hija, y ahora era aún más consciente de mis deberes y responsabilidades como madre.



Y la crie como mis padres me criaron a mí, con la conciencia de que todos los miembros de la familia y de las comunidades más amplias fuera del hogar están conectados por relaciones de reciprocidad en actos de bondad y cuidado, practicando los valores boholanos de fe, amor y temor de Dios, y respeto por la sabiduría de los mayores.

Cuando llegué por primera vez a la *De La Salle University* en 1983, después de la estancia de mi familia en Tacloban City y Dumaguete City —comencé mi formación como educadora lasaliana siguiendo el ejemplo de mis compañeros mayores, como el Dr. Isagani R. Cruz, la Dra. Lourdes S. Bautista, la Dra. Estrellita Gruenberg y la Dra. Emeritá Quito, y los Hermanos de las Escuelas Cristianas que empecé a conocer, como el Hno. Andrew González FSC y, más tarde, el Hno. Benildo Feliciano FSC.

Ellos percibieron que yo era una “*promdi*” (de provincia) **dispuesta a aprender de los maestros cómo enseñar al estilo lasaliano**, aunque ya contaba con un año y medio de experiencia docente en la *Silliman University*.

Me pidieron que asumiera tareas administrativas además de la docencia, colaborando con el Centro de Investigación Integrada como editora de publicaciones, estableciendo la Editorial Universitaria DLSU y, posteriormente, convirtiéndome en la responsable del Departamento de Literatura y directora del centro de escritura creativa.

Los laboriosos esfuerzos en la docencia y la administración agudizaron mi comprensión de lo que significa la fraternidad y cómo se plasma en acciones y palabras como parte

de la comunidad lasaliana. Para mí, las relaciones en la universidad no solo se basaban en las jerarquías de responsabilidad y cargo. En la práctica, sobre todo en el aula, sentía que el sentido de comunidad se manifestaba en las relaciones fraternas, en las que la profesora, como persona más mayor, enseñaba con el ejemplo a los alumnos a su cargo, y en las que la profesora, a su vez, admiraba a las personas mayores y a los líderes de la comunidad universitaria por sus buenos consejos, su diálogo y su sabiduría.



Activistas feministas marchando en una manifestación a principios de los años 80 para pedir la prohibición total de las armas nucleares.

A mediados de los años 80, Filipinas se encontraba en plena agitación, que culminó en la primera revolución legítima del Poder Popular contra tres décadas de dictadura de Marcos.

Como activista estudiantil a finales de los años 60 y principios de los 70, crecí en mi defensa de la justicia social como educadora feminista.

Mi crítica a los sistemas de poder caló hondo en mi práctica artística de escribir y publicar poesía.

También se reflejó en mi iniciativa de impartir en la Facultad de Artes Liberales el primer curso de “Mujeres en la litera-

tura” enmarcado en las ideas feministas. Para mi alegría (y sorpresa!), el director del departamento, el decano de la facultad e incluso el vicerrector de asuntos académicos apoyaron la iniciativa, a pesar de que debían saber que se cuestionarían seriamente las esferas del conocimiento dominadas por los hombres, así como los protocolos universitarios de entonces, que favorecían a los hombres frente a las mujeres.



En la Oficina de Prensa de la DLSU como directora entre 1987 y 1989.

El Hermano Andrew, por entonces rector de la universidad, no pasó por alto que las estudiantes universitarias y las jóvenes

profesoras de la universidad formaban parte del activismo y la lucha igualitaria de la época. De hecho, fue su respuesta positiva a los carteles realizados por las estudiantes contra el lenguaje sexista en las pruebas deportivas lo que permitió que estos carteles tuvieran espacio en los tablones de anuncios de la escuela, después de que la seguridad de la universidad intentara retirarlos. Después de todo, en 1973, el *De La Salle College* había pasado de admitir solo a estudiantes varones a ser una institución mixta, con alumnas matriculadas incluso en campos de estudio tradicionalmente reservados a los varones, como la ingeniería y las ciencias.

Este espíritu de apertura y diálogo, con su énfasis en la dignidad humana y la hermandad, creó un ambiente de aprendizaje y trabajo que cultivó el cuidado y la preocupación que se irradiaba a nuestras vidas personales y privadas.

Mi formación como educadora lasaliano maduró durante mi primera década como profesora de Literatura, en la que también escribía poesía como práctica artística. Tras la publicación de *Dreamweavers*, mi primer libro, en 1987, profundicé mi compromiso de integrar la escritura y la enseñanza de la literatura, trabajando en la viña de la educación cristiana, no solo en el campus de Manila, sino también en los talleres de escritura con jóvenes de comunidades fuera



El Taller Nacional de Escritores IYAS La Salle, organizado por la *Universidad of St. La Salle*, en Bacolod City, promueve la escritura sobre el medio ambiente entre los jóvenes escritores. Es el único taller de escritura creativa que se ocupa de obras literarias de jóvenes escritores que escriben en cinco idiomas filipinos: hiligaynon, akeanon, kinaray-a, filipino e inglés.

de la metrópoli. Este compromiso impulsó mi participación en el taller de escritura sobre el medio ambiente en Bacolod, una institución que ahora cumple 25 años y que ha formado a escritores cuya gestión del medio ambiente natural pone en práctica la encíclica *Laudato si'* del papa Francisco.

Y en 2023, en Bohol, fue una alegría formar parte de un taller con seis jóvenes escritores que escribían en su lengua materna, el *binisaya*, y que aprendían de dos maestros pescadores artesanales historias sobre cómo vivir de forma sostenible con el mar y su entorno marino costero. Mientras me sentaba en silencio en la periferia de su círculo de aprendizaje recíproco, sentí una profunda paz al darme cuenta de que la forma lasaliana de enseñar y aprender puede extenderse más allá del campus universitario y estar en contacto directo con las vidas de aquellos que sienten que la sociedad los ha olvidado o ha decidido no prestar atención a lo que saben, cómo lo saben y cómo viven.

Uno de estos maestros pescadores artesanales, Manoy Paquito 'Kits' Abcede, de 63 años, comenzó a enseñar a los jóvenes escritores (y a quienes escuchábamos con ellos) con una historia sobre cómo, cada vez que sale al mar a pescar, primero le susurra al mar una súplica de esperanza, confiando a la generosidad sensible del mar la necesidad de su comunidad de vivir también. Contó cómo da las gracias, incluso antes de echar las redes al agua, no solo por la captura con la que la comunidad podría subsistir durante el día, sino también por la posibilidad de que se pesque poco o nada. Su esperanza entrelazada con su humildad nos conmovió profundamente a todos, y cuando los jóvenes escritores tradujeron su experiencia y su amor por el mar en sus poemas y canciones, me di cuenta de que era una bendición ser testigo de la eficacia de una pedagogía



Los maestros pescadores artesanales Paquito M. Abcede (arriba a la izquierda) y Teogenes Pelegrino (abajo a la derecha) aceptaron enseñar a los jóvenes escritores que participaron en el taller de escritura creativa Dagat Bohol: Kinabuhi ug Panginabuhi sa Mananagat (Dagat Bohol: La vida y el sustento de los pescadores) en Jóvenes escritores de Bohol que participaron en el programa de escritura creativa Dagat Bohol con el equipo del proyecto dirigido por la autora, la profesora Marjorie Evasco.





que devolvía los sistemas de conocimiento reprimidos de nuestro pueblo al centro de un plan de estudios radical que llevaba a todos a una conciencia de pertenencia: un *ka-igsuonan* con el entorno natural y entre nosotros.

Una fraternidad que mejora la vida, basada en el principio fundamental de que todos somos hermanos en esta tierra, compartimos la misma dignidad y vivimos juntos en diálogo y paz como **miembros de nuestra familia humana**.

10.

Extraños encuentros



Pablo Gómez es un joven profesor argentino que imparte programas de formación para docentes en varias escuelas católicas de su ciudad natal, Córdoba. Recientemente ha estado en Roma para asistir a un curso para postuladores, durante el cual convivió con la Comunidad Central de los Hermanos en la Casa Generalicia.

“Era forastero y me acogisteis” (Mt 25,35)

La hospitalidad es una virtud tan antigua como la humanidad. Siempre ha habido viajeros, peregrinos y migrantes que, a lo largo de la historia, han encontrado refugio en las manos abiertas de extraños. En la tradición judeocristiana, acoger al extranjero es más que una cortesía; es la misericordia misma, un reflejo de la compasión de Dios. En el mundo inhóspito de hoy, con las crisis de refugiados poniendo a prueba la solidaridad de las naciones, encontrar un hogar en tierra extranjera es como tropezar con un oasis en el desierto. Por su naturaleza, la hospitalidad es un itinerario de tres movimientos: migración, acogida y encuentro, cada uno de los cuales culmina en un horizonte compartido entre el que llega y el que acoge.

Migración. Este año, me convertí en ese viajero en necesidad de acogida. Desde Argentina, viajé a Roma para estudiar una especialización de seis meses en el Dicasterio para las Causas de los Santos. Partí con dudas más pesadas que mi equipaje: ¿serían suficientes mis ahorros?, ¿podría manejar el idioma?, ¿me sentiría solo? Despedirme de mi abuela de 91 años me partió el corazón; temía que fuera nuestro último abrazo. Su ausencia me pesaba más que los 15.000 kilómetros que nos separaban. Me aferré a la promesa de Dios:

**“yo sé los planes que tengo para ti...
planes de esperanza y de futuro”.**

Acogida. Esa promesa se hizo realidad en la Casa Generalicia de los Hermanos. No me recibieron como a un forastero, sino como a uno más de la familia. Un Hermano dedicó

horas a orientarme, compartiendo no solo indicaciones, sino también historias, humor y recuerdos. Pronto me integré en la vida comunitaria: las comidas, la misa, el tiempo de convivencia, las conversaciones en las que nunca faltaba un amable “¿qué tal las clases? ¿Has llamado a tu familia?”. Estas pequeñas atenciones suavizaron la soledad.

Lo que comenzó como hospitalidad pronto se convirtió en fraternidad.



Encuentro. Empecé a trabajar como voluntario en la biblioteca de la Casa, donde las estanterías albergaban 300 años de identidad lasaliana: pedagogía, espiritualidad, catequesis, evangelización inculturada. Sin embargo, ningún libro podía igualar los encuentros diarios:

Hermanos de los cinco continentes, cada uno diferente, pero unidos por el **mismo espíritu de alegre fraternidad.**

Su apertura me hizo preguntarme: *¿quiénes son estos Hermanos y por qué son así?* Poco a poco, me di cuenta de que su testimonio era un signo profético: en un mundo que persigue el protagonismo, ellos vivían una fraternidad horizontal en la que nadie era más grande que otro y todos eran bienvenidos.

Al marcharme, sé que no soy la misma persona que llegó sin muchas ganas hace unos meses. Vine en busca de estudios y encontré una familia. Gané hermanos. En sus gestos cotidianos, vislumbré el Reino: alojamiento, comida, cuidado y pertenencia para todos. Una vez más, Dios ha sido fiel a su promesa, dándome más de lo que podía esperar. Regreso a casa con una mirada diferente, llevando en mi corazón las palabras del Fundador:

“adoro en todo la voluntad de Dios para conmigo”.



11.

Círculos en expansión



Andrea Sicignano es docente en el Collegio San Giuseppe – Istituto de Merode en Roma y, al mismo tiempo, es director de la Oficina de Educación del Instituto. Nos cuenta cómo su inmersión con los niños romanes a través de CasArcobaleno ha enriquecido su experiencia vivida de fraternidad y el espíritu de 1 La Salle.

“Dios, que gobierna todas las cosas con sabiduría y suavidad, y que no acostumbra a forzar la inclinación de los hombres, queriendo comprometerme a que tomara por entero el cuidado de las escuelas, lo hizo de manera totalmente imperceptible y en mucho tiempo; de modo que un compromiso me llevaba a otro, sin haberlo previsto en los comienzos”.

— SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, Memorial sobre los orígenes.

Algún que en la experiencia del Fundador, mi historia habla de una serie de pequeñas conversiones, una tras otra, que condujeron a un logro mayor que al principio parecía inimaginable. Me gustaría pensar que, al igual que para san Juan Bautista de La Salle, una elección inicial de la fraternidad con los maestros condujo al nacimiento del Instituto de los “Hermanos” de las Escuelas Cristianas, así también para nuestra pequeña comunidad lasaliana “De Merode”, una elección inicial de fraternidad nos llevó a aprender a discernir y aceptar el plan de Dios incluso en acontecimientos que inicialmente parecen difíciles, desagradables o incluso “insoportables”.

Era el año 2012 y, junto con algunos compañeros de mi colegio, acabábamos de expresar formalmente por primera vez nuestro “compromiso” con la Misión Educativa Lasaliana, pero nuestra fraternidad se limitaba a unas pocas reuniones para hablar de la misión y a algunos momentos de oración.

Nuestro colegio está situado en la Piazza di Spagna de Roma, y los alumnos que allí cursan sus estudios son de



Esta imagen muestra a profesores y alumnos del colegio De Merode, y a un antiguo alumno que ahora trabaja en la Fundación La Salle, junto a los Hermanos y los niños romaníes durante una iniciativa de voluntariado en la comunidad de Hermanos en Casarcobaleno, en Scampia.

buena posición económica, aunque cada uno tiene su propia periferia interior. Durante varios años, yo había participado en el Movimiento Juvenil Lasaliano y en un programa extraescolar con alumnos de los suburbios de Roma. Pero nuestra “comunidad” de profesores nunca había “vivido juntos” realmente como grupo.

Un encuentro con el Hno. Enrico Muller, de la comunidad de Scampia, hizo surgir en nosotros el deseo de vivir una experiencia de fraternidad en *CasArcobaleno*, en Scampia. La idea era que cinco profesores fueran allí, quizás durante las vacaciones de invierno del colegio, mientras una gran parte de la comunidad escolar asistía a un encuentro en un popular hotel del norte de Italia.

Sin embargo, mientras organizábamos el viaje, quizá inspirados por el deseo de comunidad, pensamos en ampliar

nuestra propuesta de “fraternidad vivida” a algunos alumnos, y así lo hicimos. La respuesta fue sorprendente, y así nos encontramos en *CasArcobaleno*, cinco profesores con unos quince alumnos que habían elegido experimentar la pobreza, el servicio y la fraternidad con nosotros. Puede parecer una cosa pequeña, pero incluso el simple hecho de lavar los platos juntos, usar sacos de dormir en lugar de camas, compartir las incomodidades y el frío, creó una atmósfera diferente entre nosotros y los alumnos. Cuando llegaron los alumnos de *CasArcobaleno*, la fraternidad se amplió aún más y poco a poco forjamos una gran unidad. El “círculo”, la reunión diaria para compartir y reflexionar sobre lo que habíamos vivido, se convirtió en la “forma” de esta fraternidad:

Un círculo que se expande y es capaz de incluir a los que están fuera y liberar a los que están dentro.



Los profesores y alumnos del colegio De Merode reunidos en torno a la mesa con los Hermanos de Scampia, así como con los profesores y alumnos de Casarcobaleno.

Desde 2012, dos veces al año, profesores y alumnos de *San Giuseppe de Merode* vuelven a Scampia, y cada vez renace la “magia” de la fraternidad: “aquí me siento bien, me siento libre porque no tengo que ponerme máscaras y puedo ser yo mismo”. Sin falta, siempre hay alguien que se “libera” gracias a esta experiencia de fraternidad.

El círculo se ha ampliado al campamento romaní de Giugliano, que ha sido trasladado varias veces en los últimos años, y es justamente en el campamento romaní, en las afueras de los suburbios, donde hemos encontrado nuestro corazón. Es precisamente en el campamento romaní donde hemos reconocido el rostro de Jesús en los harapos, donde hemos encontrado al Dios que nos salva de nuestra tibieza.

“No vamos a los pobres para salvarlos, sino para ser salvados”,

nos dijo una vez el Hermano Robert Schieler, y para nosotros se convirtió en una realidad.



Esta es una foto tomada en el asentamiento romaní de Giugliano durante una visita con los alumnos y el profesorado del colegio De Merode a la comunidad de los Hermanos de Scampia. En ella aparece mi hija jugando a un juego de «limpieza» con una niña del asentamiento, junto a un profesor del colegio De Merode. Llevé a mi propia familia a esta visita.



En esta foto, mi hija está jugando con varias niñas del asentamiento. Junto a ellas aparecen un profesor del colegio De Merode y un antiguo alumno que ahora trabaja en la Fundación La Salle. La foto fue tomada en el asentamiento gitano de Giugliano durante una visita a la comunidad de los Hermanos de Scampia en la que participaron alumnos y profesores del colegio De Merode, una ocasión en la que también llevé a mi familia.

“¿cómo se puede transformar tanto dolor en esperanza?”. Su pregunta dio lugar a algo nuevo: el grupo sintió que era el momento de que naciera la fraternidad en Scampia y de que también conociéramos los suburbios de nuestra ciudad, Roma. Nos organizamos para prestar servicio a los niños romaníes de Roma.

Esa misma noche, me puse en contacto con una vieja amiga de la Comunidad de Sant'Egidio, Erika, que está a cargo de sus “Escuelas de Paz” en los suburbios y en los campamentos romaníes. El viernes siguiente, el círculo ya había comenzado a ampliarse. Desde esa semana, al menos ocho

En enero de 2025, una irresistible tristeza se apoderó de la comunidad. Michelle, una niña de cinco años del campamento romaní de Giugliano, falleció tras tocar accidentalmente un cable eléctrico expuesto. Estaba muy ilusionada y preparada para asistir a su primer día de colegio el lunes siguiente. Pero no pudo ser.

Nos reunimos con el corazón repleto de dolor y preguntas. Una niña preguntó:

alumnos y un número cada vez mayor de profesores han estado visitando la Escuela de Paz en Trullo para hacer comunidad con al menos 25 niños romaníes cada semana. Los padres de los alumnos se sintieron conmovidos por esta misión compartida en los suburbios y se organizaron para sufragar meriendas, pizarras y rotuladores para la escuela, y a veces incluso para acompañar a los niños a los suburbios. Los Hermanos de mi colegio facilitaron el minibús. Esta ola de fraternidad inesperada y milagrosa, este círculo de belleza, se ha extendido a otro colegio lasaliano de Secundaria, *Villa Flaminia*, que siempre ha estado en “competencia” con mi colegio. Por primera vez, planificamos juntos un proyecto de servicio y, todos los sábados por la mañana, muchos alumnos de *Villa Flaminia* se desplazan a los suburbios para dar vida a lo que ahora llamamos el “Proyecto Michelle”.



Esta es una foto reciente del «Proyecto Michelle» (en referencia a Michelle, la joven que lamentablemente falleció y cuya foto se incluyó en el artículo que envié). El grupo incluye a alumnos y profesores del colegio De Merode, voluntarios de la Comunidad de Sant'Egidio, así como a niños locales y niños de la comunidad romaní.

Han pasado casi dos años desde que comenzó esta ola de fraternidad y no parece que vaya a detenerse, a pesar de los obstáculos y la oposición de algunos. Si en 2012 hubiéramos sabido cómo iban a desarrollarse las cosas, no sé si lo habríamos creído. Pero ahora sabemos que un pequeño paso puede conducir a un compromiso más profundo, que abarca cada vez a más personas, grupos, movimientos y colegios.



Alumnos y profesores del colegio De Merode, junto con voluntarios de la Comunidad de Sant'Egidio y niños romaníes, en el Proyecto Michelle.

todos cómo podría ser el mundo, da testimonio de un mundo que es posible.

Hoy puedo decir que mi colegio para ricos es una “escuela de fraternidad”, y puedo decirlo gracias a los Hermanos de *CasArcobaleno*, a mis compañeros, a mis alumnos, a los alumnos de *CasArcobaleno*, a los niños y familias del campamento romaní de Giugliano y ahora a los del campamento de Candoni en Roma, a los alumnos y profesores de *Villa Flaminia*, a los Hermanos, a nuestros amigos de la Comunidad de Sant'Egidio, gracias al Distrito de Italia, que hizo del “Proyecto Michelle” un proyecto de *La Salle Foundation*, que nos transformó a todos en “hermanos y hermanas”. Recordando que todo está conectado y que cada pequeño gesto de fraternidad ensancha los corazones y muestra a

12.

La frágil cercanía



Pablo Gómez y **Andrea Sicignano** reflexionan y narran sus respectivas experiencias de inmersión en una escuela lasaliana situada en una zona de conflicto. Ambas escuelas, ubicadas en entornos muy frágiles, son testimonios vivos de la esperanza que brota eternamente.

En contextos de extrema tensión, las escuelas lasalianas irradian como modelos de inclusión, respeto y fraternidad.

En el mundo actual, interconectado pero plagado de conflictos, la función del maestro adquiere una nueva exigencia, no solo como mediador del conocimiento, sino como artesano de la paz. Esto es particularmente evidente en Oriente Medio, donde judíos, musulmanes y cristianos conviven en una frágil cercanía. ¿Cómo formamos a educadores que no solo toleren esta diversidad, sino que la transformen en riqueza pedagógica, humana y espiritual?

La comunidad internacional reconoce a los docentes como **constructores clave de sociedades pacíficas.**

Nuestro propio Instituto se hizo eco de ello en la reflexión 2024-2025 *Nuestro corazón en las periferias*, que nos recuerda que la paz no se consigue con meros eslóganes, sino con una educación que despierta, empodera y libera. Durante mis visitas a las escuelas lasalianas de Oriente Medio, percibí cómo se vive esta realidad: aulas en las que niños de diferentes religiones aprenden juntos. Allí, el “otro” no es un enemigo, sino un compañero de clase.



Formar a tales profesores requeriría algo más que habilidades técnicas. Requiere la espiritualidad de san Juan Bautista de La Salle, que veía a Cristo en cada niño. Su visión convierte la enseñanza en un acto de humanización, un lenguaje de ternura y presencia. Los educadores lasalianos están invitados a ser artesanos del diálogo: escuchar profundamente, enseñar el consenso y reconocer al otro no como una amenaza, sino como un regalo. Como nos recuerda Martin Buber: *“cuando uno dice tú, también dice yo”*.

Pero los ideales requieren formación. Los maestros deben recibir formación en diálogo intercultural e interreligioso, mediación, comunicación no violenta y destreza emocional. Deben saber cómo acoger al niño musulmán que reza, al niño judío que guarda el Sabbat, al cristiano que lleva colgada una cruz, a cada uno con la misma ternura. Y esta formación en sí misma debe ser diversa: hombres y mujeres, creyentes y buscadores, voces de todas las culturas.

Ser lasaliano no conduce a la uniformidad, sino a la fraternidad vivida en nuestras diferencias.

Un maestro que toca el corazón, como instaba el Fundador, ayuda a los alumnos a descubrir su propia dignidad y la dignidad de los demás. Cada vez que un niño es comprendido y amado, cada vez que un educador da ejemplo de respeto más allá de las diferencias, se cura otra grieta en nuestro mundo fragmentado.



En Rumbek, Sudán del Sur, la fraternidad no es una teoría, sino el aire que respiramos. Aquí, marcado por la guerra, la paz es frágil, pero los milagros se arraigan en la vida cotidiana. Recuerdo que en 2018 los Hermanos llegaron sin nada más que el deseo de servir. Las Hermanas de Loreto nos recibieron con los brazos abiertos y compartieron su escuela con nuestra primera clase de 23 alumnos. Poco después, los jefes locales confiaron tierras al proyecto, no como una transacción, sino como una muestra de confianza, una inversión en un futuro de paz a través de la educación.

Hoy, caminar por el recinto escolar es como entrar en una canción viva de reconciliación. Hermanos de numerosas naciones conversan con niños cuyos nombres recuerdan historias rivales. Monegro, con un brillo en los ojos, me dijo una vez: *“antes de La Salle, pensaba que los dinka eran el único pueblo del mundo. ¡Ahora cocino!”*. Esa simple frase, “ahora cocino”, lo decía todo: la liberación de las costumbres rígidas, el descubrimiento de que la colaboración, incluso en las tareas cotidianas, une.

Nuestra escuela es un “laboratorio de fraternidad”. Las aulas y los campos se entrelazan: el aprendizaje con el cultivo, los diversos idiomas con nuevas amistades. Un alumno me confió que aquí aprendió *“a interactuar con los demás”*. Otro, Isak, ahora sueña con ser médico después de ver el sufrimiento de su pueblo con ojos compasivos. La educación aquí no es solo conocimiento, es transformación del corazón.

Rumbek es mucho más que un conjunto de edificios; es una alianza frágil pero poderosa de los pobres y humildes.

Demuestra que incluso en las periferias abandonadas se pueden construir puentes y derribar muros. Nos enseña a ver, como dijo Monegro, **“al ser humano antes que cualquier diferencia”**.

En esta tierra de fisuras, la escuela La Salle se ha convertido en oxígeno, respirando esperanza, cultivando la paz. Aquí, la fraternidad no solo se enseña, se vive. Y en este espacio vital, estamos más cerca de la posibilidad de un nuevo Sudán del Sur, un paso, un niño, una comida compartida a la vez.





La 
Salle
Secondary School
Rumbek

13.

Los sabores de la amistad



El **Hno. Kino Escolano FSC** procede del Distrito Lasaliano de Asia Oriental (LEAD) y residía en Singapur mientras cursaba sus estudios en la NUS. En un homenaje que publicó en Facebook poco después de la muerte del Hermano, comparte cómo los pequeños gestos fraternos de atención y amabilidad pueden dejar un impacto duradero que trasciende la muerte. Actualmente es vicepresidente de Administración en De La Salle Lipa.

Hoy hemos perdido a una de las almas más bondadosas y amables que he conocido: el Hno. Nicholas Seet FSC. Dicen que, en la vida de un Hermano, la primera comunidad y el primer Hermano Director siempre ocuparán un lugar especial en tu corazón. Para mí, esa fue la comunidad de Saint Patrick en Singapur, y el Hno. Nick era el corazón de la misma. No era solo un director, era un guía discreto, una presencia constante y un verdadero Hermano en todos los sentidos.

Cuando me estaba adaptando a las exigencias de los estudios de posgrado y al ritmo desconocido de un nuevo país, él



estaba ahí, alegre, bondadoso y generoso con su tiempo. Me llevaba y traía del aeropuerto, sin importar lo temprano o lo tarde que fuera. Me llevaba al médico cuando estaba enfermo. Nunca se quejó. Simplemente aparecía, como siempre, con su humor amable y su cuidado inquebrantable.

Me descubrió los sabores de Singapur que llegaron a encantar: *Char Kway Teow*, pastel de zanahoria, *Beach Road prawn mee*, *tau sar piah de Balestier*, y sus favoritos personales: curry puffs, gachas calientes, ajo en todo, *teh-C* y ensaimadas de Mary Grace en Manila. Todavía sonrió al recordar cómo me enseñó la diferencia entre *kopi-O* y *kopi-O kosong*. Incluso en las cosas más pequeñas, era atento, presente y generoso.

Le encantaba contar historias tradicionales chinas, como las del Dios de la Cocina y los Fantasmas Hambrientos.

No eran solo cuentos, eran su forma de compartir cultura, misterio y significado, de profundizar nuestra conexión con el lugar y entre nosotros.



El Hermano Nick me recordaba que la fraternidad no es ruidosa ni dramática, sino que se encuentra en la presencia constante, las comidas compartidas, las charlas matutinas con café y los actos silenciosos de amor. Vivía el espíritu lasaliano no solo a través de sus palabras, sino en cada pequeño gesto de atención y amabilidad.

Lo echaré mucho de menos. Y, sin embargo, doy gracias por su vida, su testimonio y por el privilegio de haber caminado con él, aunque solo fuera por un tiempo.

Descansa en paz, Hno. Nick. Gracias por ser mi primer director y por ser mi hermano.



14.

Más allá de la zona de confort



El **Francisco Velásquez Simón FSC** es guatemalteco y pertenece al Distrito de Centroamérica-Panamá. Escribe cómo redescubrió su vocación entre los pobres, donde la fraternidad se convierte en sencillez, alegría y compromiso renovado de servicio.

Foto de la Oficina de Comunicaciones del Distrito Centroamérica-Panamá)

9 de mayo de 2025

Querido Hermano: paz y alegría en Cristo Resucitado, nuestro único Maestro.

Te escribo con respeto fraternal y la alegría de compartir una parte significativa de mi itinerario vocacional y de la misión educativa que se me ha confiado, tal y como me pediste, con la esperanza de que sirva de testimonio para otros Hermanos que buscan renovar su compromiso y fidelidad a la Misión Lasaliana.

Mi vocación brotó en el contexto del Colegio De La Salle de Huehuetenango, Guatemala, donde recibí una formación integral que me marcó profundamente. Durante esos años, viví en la Casa Indígena Hno. Santiago Miller, un internado lasaliano que ofrecía educación y acompañamiento humano y cristiano a jóvenes mayas de escasos recursos económicos. Allí descubrí el encuentro fraternal y cercano con varios Hermanos, cuya vida sencilla y generosa dedicación me impactaron hasta el punto de despertar en mí el deseo de seguir sus pasos como Hermano de las Escuelas Cristianas.

Después de mi formación inicial y consagración, fui enviado a servir como formador en casas de formación y director en varias escuelas de nuestro Distrito de Centroamérica-Panamá, en contextos urbanos y privados, al servicio de familias que podían pagar la educación de sus hijos. Aunque estas misiones exigían dedicación y profesionalidad, siempre llevé en mi corazón el ideal que inspiró mi vocación:

servir a los niños y jóvenes pobres, los más vulnerables, aquellos que a menudo no tienen voz ni oportunidades.

A lo largo de los años, y tras una enriquecedora experiencia en gestión educativa, sentí la llamada interior de volver a mis raíces. El Hermano Visitador, Hno. Manuel Orozco, me brindó la oportunidad de vivir una experiencia directa en un contexto de pobreza y marginación, donde pude acompañar más de cerca a los niños y jóvenes que, como yo en mi adolescencia, sueñan con un futuro mejor a través de la educación.

Hoy tengo la gracia de vivir mi misión en la Escuela Católica San Juan Bautista de San Juan La Laguna, en medio del pueblo maya tz'utujil y viviendo la vida comunitaria en Santa María Visitación. Aquí he redescubierto el poder transformador de la fraternidad y el poder del Evangelio vivido en la vida cotidiana. La vida es sencilla, los recursos son limitados, pero el amor, la fe y la dedicación lo hacen todo posible.

**Esta experiencia me ha ayudado a
renovar mi vocación y a comprender
más profundamente lo que significa ser
Hermano en un mundo que clama por
justicia, solidaridad, compasión y presencia.**

Comparto este testimonio con humildad y gratitud, con la esperanza de que sirva de estímulo a otros Hermanos, especialmente a los más jóvenes, para que no tengan miedo de ir donde más se nos necesita. Nuestra vocación cobra todo su sentido cuando estamos al lado de los más pequeños, cuando optamos por los pobres, cuando dejamos las comodidades para abrazar la sencillez del Evangelio y el estilo educativo de San Juan Bautista de La Salle.

Agradezco al Instituto las oportunidades recibidas y su liderazgo fraternal y profético. Que San Juan Bautista de La Salle y nuestra Madre, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Estrella, Reina y Madre de las Escuelas Cristianas, sigan acompañando nuestro camino.

Fraternamente en Cristo y en La Salle,

Firmado,

Hno. Francisco Velásquez Simón FSC
Santa María Visitación, Sololá, Guatemala



15.

Jóvenes soñadores



En julio de 2025, el **Hno. Armin** se dirigió a los jóvenes lasalianos reunidos en la Casa Generalicia de Roma para el Jubileo de la Juventud. Reafirma que la misión del Instituto existe para los jóvenes y los pobres y les exhorta a seguir soñando y arriesgándose.

“ ¿Por qué está aquí? ¿Por qué visita nuestra escuela?”, me preguntó recientemente un joven lasaliano. Me pareció una pregunta impertinente. Solo los jóvenes son capaces de hacer preguntas impertinentes como esta y salirse con la suya, sin perder su aire inocente. Es raro que me pregunten algo así. Hasta ahora he visitado 62 países, y me quedan 18 sectores por visitar antes de completar finalmente una importante responsabilidad de mi cargo. No suelo recibir demasiadas preguntas impertinentes durante nuestras conversaciones lasalianas. Así que intenté responder lo mejor que pude. El contenido esencial de mi respuesta a ese joven lasaliano también les dará una idea de lo que realmente pienso y siento sobre nuestro Encuentro Internacional de Jóvenes Lasalianos de hoy:



“Necesito estar aquí porque necesito verlos. Escucharlos. Sentirlos”.

“Y quizás para ofrecerles mi mano para chocar los cinco. O un choque de puños. Para tener el privilegio de estrecharles la mano. Para recibir la bendición de su cálido abrazo. Y,

como *bonus*, me harían muy feliz si me permitieran hacerme un selfie con ustedes. Sería un recuerdo para mí mismo, un recuerdo muy solemne, de que servirles a ustedes es la razón más importante por la que el Instituto existe, tal vez la única razón real por la que existe este Instituto Lasaliano”.

Hoy y en los próximos días, rezaré para que descubran por qué están aquí. Ante las reliquias de san Juan Bautista de La Salle, en este lugar santo, renuevo mi compromiso personal de ser Hermano de aquellos que el Señor me ha confiado y de cada uno de ustedes. Hago el mismo voto en nombre del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y de la Familia Lasaliana mundial. Necesitamos veros, oírlos, sentirlos. Este Instituto no tiene otra razón de ser sino ustedes y todos los jóvenes que “están alejados de la salvación”. Si alguna vez nos distraemos, si nos olvidamos y fijamos nuestra mirada en otros objetivos o los dejamos de lado, ustedes tienen el derecho a exigirnos, a sus líderes y mayores, la atención, el amor y la atención que tanto merecen.



Recuerdo a Greta Thunberg, que se dirigió a los líderes mundiales en la sede de la ONU en Nueva York. Ella expresó su opinión sin titubear:⁴

⁴ Cf. <https://www.npr.org/2019/09/23/763452863/transcript-greta-thunbergs-speech-at-the-u-n-climate-action-summit>.



Todo esto está mal. Yo no debería estar aquí. Debería estar en mi colegio, al otro lado del océano. Sin embargo, todos ustedes acuden a nosotros, los jóvenes, en busca de esperanza. ¡Cómo se atreven! ... **Me han robado mis sueños y mi infancia con sus**

palabras vacías... La gente está sufriendo. La gente está muriendo. Ecosistemas enteros se están colapsando... ¿Cómo se atreven a fingir que esto se puede resolver simplemente “como si no ocurriera nada” ...? Nos están fallando.

Al darles la bienvenida al Encuentro Internacional de Jóvenes Lasalianos de este año, llevo conmigo la culpa y la responsabilidad de mi generación y de las generaciones que me precedieron. En muchos sentidos, les hemos fallado. Las sociedades, los gobiernos y los líderes mundiales les han fallado. ¿Qué futuro podemos ofrecerles? ¿Cómo nos atrevemos a llamarles nuestra esperanza para el futuro? No hemos dejado de contaminar la Tierra con tanta basura. La basura ensucia esta ciudad santa de Roma. Otros líderes respetuosos han convencido a ciudadanos pacíficos de que poseer un arma es la mejor defensa y que iniciar una guerra es la mejor ofensiva. ¿Qué tipo de mundo les estamos dejando como legado?

Pienso en Gaza, donde han muerto cerca de 62.000 personas, muchas de ellas mujeres y niños. Tenemos cuatro estudiantes de enfermería de Gaza matriculados en la Universidad de Belén que actualmente están atendiendo las necesidades de los enfermos y heridos a pesar de las limitaciones y obstáculos inimaginables a los que se enfrentan. Ellos también tienen una respuesta existencial a la pregunta impertinente.

Hay muchas otras zonas de nuestro mundo en las que hay más preguntas que respuestas. La devastación y el desplazamiento provocados por el conflicto actual en Ucrania se describen como la guerra más mortífera en Europa desde la Segunda Guerra Mundial. La violencia indescriptible y las crisis humanitarias son noticias cotidianas en muchas partes de Sudán, Congo, Siria, Myanmar y Yemen. Hoy día, casi 700 millones de personas viven en la pobreza extrema, según el Banco Mundial, sobreviviendo con menos de dos euros al día. *Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison.*

El Dr. Ezzideen, de Gaza, publicó esto hace cinco días:⁵

**Te lo juro ante Dios... lo que vi hoy no era vida...
Pasó un camión. Estaba vacío. El suelo estaba
cubierto de una fina capa de polvo de harina.
Solo polvo. Ni sacos. Ni pan.**

Y entonces los vi. **No eran rebeldes. No eran
criminales. Eran niños.** Corrían, corrían como
animales cazados, hacia ese camión. Se subieron
a él con manos que nunca habían sostenido
juguetes. Cayeron de rodillas como ante un altar.

5 Cf. <https://x.com/ezzingaza/status/1943758629791768682>.

Y empezaron a rascar. Uno tenía una tapa rota. Otro, un trozo de cartón. Pero el resto usaba las manos. La lengua. Lo lamían.

¿Me oís? Lamían el polvo del acero oxidado.
De la suciedad. De la parte trasera de un camión que ya se había alejado.

Un niño reía. No porque estuviera feliz, sino porque el cuerpo se vuelve loco cuando pasa hambre.

Otro lloraba en silencio, como alguien que ya no cree que nadie le escuche.

Y yo me quedé allí. Con toda mi vergüenza.

Compartí este mensaje con un pequeño grupo de jóvenes lasalianos reunidos en Parmenia este año, y también es mi petición a todos ustedes hoy:





Hace unos 2025 años, con solo una docena de amigos íntimos, Jesús, a la edad de 30 años, comenzó su ministerio proclamando el gran sueño del Padre para el mundo: no más llanto, buenas noticias para los pobres, libertad para los prisioneros, recuperación de la vista para los ciegos, libertad para los oprimidos.

Hace unos 345 años, Juan Bautista, a los 28 años, reunió a unos jóvenes para formar una comunidad **de maestros que proclamaran el gran sueño del Padre para los niños**, especialmente los que están “alejados de la salvación”. **Imaginó escuelas inclusivas, abiertas a todos, especialmente a los pobres** que no tenían forma de superar las barreras sociales y económicas de su tiempo.

En ambas historias fundacionales, los protagonistas eran solo un puñado de jóvenes soñadores que escuchaban la misma llamada, cautivados por el mismo sueño, unidos con un solo corazón y un solo espíritu para llevar la luz, la vida y el amor al mundo entero. Consideremos el poder que generó su pequeña comunidad de jóvenes con grandes sueños y corazones aún más grandes.

El mundo siempre ha sido moldeado por soñadores.

Su sueño no tomó forma en grandes proclamas ni en acontecimientos extraordinarios, sino en pequeños pasos decisivos y en la lucha por vivir en auténtica fraternidad y servicio comprometido con su misión educativa. Así pues, concluyo hoy planteando a cada uno de ustedes la misma pregunta impertinente: *“¿por qué están aquí?”*.



16.

Nuestro pan de cada día



Jyron Raz se graduó en el *De La Salle College of Saint Benilde* (DLS-CSB) y actualmente trabaja en *De La Salle Philippines* (DLSP). Habla de la fraternidad no como un sueño lejano, sino como un compromiso diario.

Adiario me cuesta leer las noticias sobre alguna desgracia que ha ocurrido en el mundo. Se trazan líneas en torno a valores, creencias y visiones políticas, y lo que antes podía ser un punto de partida para el diálogo ahora parece más bien un muro infranqueable. La mayoría de las noticias que repara giran en torno a la búsqueda incesante de poder y riqueza del 1% de más alta posición en la sociedad y cómo el 99% restante acaba sufriendo por ello.

Cada día, las noticias reportan a mi vida el peso de esta fragmentación. Historias de conflictos, desastres naturales, corrupción y desigualdad, todas ellas implacables. Mi generación suele decir que estamos “cocinados”, sin llegar a decir que es el fin del mundo tal y como lo conocemos. Cada día es una montaña rusa emocional: en la primera etapa, reacciono con indignación, la mayoría de las veces con dolor, me desahogo con mis amigos, me voy a dormir y al día siguiente todo vuelve a empezar. Hay que reconocer que, desafortunadamente, con el tiempo me siento cada vez más adormecido por este ciclo que se repite. La compasión, que antes era intensa, corría el riesgo de convertirse en una especie de entumecimiento. Y... ¿qué es lo peor? Como te insensibiliza, apenas notas este cambio: todos estamos demasiado absortos en nuestros teléfonos, desplazándonos por las redes sociales en busca de noticias alarmistas. Pero, sin quererlo, empecé a olvidar las dificultades concretas de los demás, y mucho menos el dolor de la propia Tierra.

Me doy cuenta de que esta desensibilización tiene consecuencias. Para protegerme, a veces me retraigo, me refugio en mi interior y me convenzo de que los problemas del mundo son simplemente demasiado grandes para que yo pueda enfrentarlos. El instinto de supervivencia para asegurar la paz para mí o para mis seres queridos, sin quererlo,

me hace más desconfiada, menos abierta. Y en esos momentos concretos, veo cómo el aislamiento puede profundizar las fracturas de nuestra sociedad.

Aunque no soy tan pesimista como para pensar que estamos realmente “acabados”. La idea de fraternidad y sororidad, basada en la idea de que todos somos seres humanos que formamos parte de un gran barco, parece ofrecer un contrapeso. Trabajar para la Familia Lasaliana me ofrece una dosis diaria de fraternidad que puedo conservar y experimentar de cerca; es una oportunidad para volver a confiar en los demás.

Vivir fraternalmente, como nos recuerda el papa Francisco, es resistirse a la indiferencia y elegir el encuentro, incluso cuando es más fácil y conveniente alejarse.

Lo que me tranquiliza es que la fraternidad no exige grandes gestos. Se manifiesta en actos cotidianos: cuando una persona se preocupa por un compañero de clase que tiene dificultades, cuando los compañeros de trabajo celebran los éxitos de los demás o cuando los jóvenes se reúnen para limpiar un río contaminado. Algunos ven estos actos como pequeños gestos, pero en realidad crean un efecto dominó. Rompen la cultura del aislamiento y nos recuerdan que el círculo de cuidado siempre se puede ampliar. Puede que estas cosas no desmantelen las injusticias sistémicas de la noche a la mañana, pero siembran semillas de confianza que, con el tiempo, pueden crecer y convertirse en algo mucho más grande.

Mi educación en el ámbito lasaliano me ha ayudado a ver esto con mayor claridad. Acabo de leer la Reflexión Lasaliana 11, que dice que “todo está conectado”, una verdad que redefine nuestra forma de entender tanto la creación como la comunidad; comprender que mi bienestar no está separado de la dignidad de los demás o de la salud de la tierra, y que todos ellos están unidos. La fraternidad, entonces, no es benevolencia sentimental. Es un principio estructural de la vida misma. Dañar a uno es dañar a todos, y sanar a uno es comenzar a sanar a todos.

No quiero ignorar los debates en torno a la idea de fraternidad, en los que algunos sostienen que la fraternidad surge de la vulnerabilidad compartida, mientras que otros advierten que la historia demuestra cómo las comunidades también pueden excluir, a veces de forma violenta, bajo el pretexto de la fraternidad. Valoro profundamente estas opiniones y que estas tensiones me llevan a ser prudente, recordándome que la fraternidad nunca está garantizada y que debe practicarse con humildad. Aun así, me inclino a creer que vale la pena correr el riesgo. Siguiendo la idea de que todo está realmente conectado, la fraternidad no es, ni nunca será, opcional. Por eso lo ordinario es tan importante: los actos cotidianos de fraternidad reconstruyen la confianza sobre la que se pueden erigir estructuras más amplias de justicia y paz.

A veces me pregunto: en un mundo en el que la desconfianza frecuentemente parece lo más adecuado, ¿realmente cuesta tanto ser una persona para los demás? La respuesta fácil es no, pero entiendo que a veces puede llevar a la decepción o la incomodidad. Puede implicar enfrentarse a sistemas que se nutren de la división. Pero también puede conducir a la sanación. He visto comunidades que deciden

acoger a migrantes, vecinos que se reúnen en torno a familias afligidas, estudiantes que encuentran alegría en proyectos que ayudan al medio ambiente. En esos momentos, veo cómo la confianza, una vez rota, puede reconstruirse.

Para mí, la llamada de *“Todo está conectado”* es urgente y esperanzadora. Me dice que no estoy destinado a vivir aislado, preparándome para enfrentarme a un mundo hostil. Formo parte de una comunidad de creación, donde mi prosperidad depende de la prosperidad de los demás.

La fraternidad, entonces, no es un sueño lejano. **Es una elección diaria**, una disciplina que me pide que viva **como si nuestras vidas estuvieran entrelazadas**, porque, en realidad, ya lo están.



Apocalipsis: Una misma copa

Reflejo de Comunión

Antes del comienzo del mundo, ya existía un círculo, no de poder, sino de amor. El Padre, el Hijo y el Espíritu se desplazaban internamente como el aliento y la llama, dando y recibiendo mutuamente en un ritmo infinito de comunión. Esta danza divina no es un misterio abstracto, sino la primera revelación de la fraternidad misma.

Hablar de fraternidad, entonces, no es hablar solo de ética o afecto; es tocar el latido del corazón de Dios.

Como nos recuerdan muchos teólogos y santos, Dios es relación, un ser-con y un ser-para. De esta comunión desbordante brotan la creación, la historia y la misión. Vivir fraternalmente es reflejar esta vida divina: participar en el dar y recibir que une las diferencias sin disolverlas, dejar que nuestras comunidades se conviertan en pequeños reflejos de esa Trinidad infinita y todopoderosa: Padre, Hijo y Espíritu.

Cada fraternidad lasaliana, cada lección, cada acto de misión compartida comienza con la vida que emana de la Trinidad, la primera comunidad.

Juan Bautista de La Salle se postró ante esta *infinita y adorable majestad* y trató de vivir el misterio con sus Hermanos. En su historia, podemos volver a examinar nuestra experiencia de fraternidad: cómo la comunión eterna de Dios buscó una morada terrenal entre los maestros que vinieron a vivir —juntos y por asociación— para el servicio educativo de los pobres.

La conversión de La Salle no fue la historia de un santo solitario, sino la de un **hombre atraído por la relación, primero con los niños abandonados** de Reims, luego con los compañeros que se atrevieron a vivir y orar con él.

Juntos descubrieron que el amor de Dios podía escribirse no solo en credos, sino también con tiza, que la escuela podía convertirse en un altar donde se partía el pan y los corazones ardían con esperanza. Su fraternidad era frágil y ardiente, marcada por los malentendidos y la pobreza, pero también por mucha alegría. Y así sigue siendo hoy en las comunidades de los Hermanos: no un retrato acabado de perfección, sino un espejo vivo del amor abnegado de Dios, donde la diferencia, la debilidad y la misión compartida se convierten en sacramentos de comunión.

En el tiempo de Dios, y con el Espíritu de Dios siempre creativo, nuestra fraternidad lasaliana comienza un nuevo momento, extendiéndose como fuego incontrolado a través de diversas vocaciones lasalianas. Lo que comenzó como unas pocas comunidades de Hermanos se ha convertido en una enorme Familia Lasaliana, que se extiende a través de culturas y continentes. Alrededor de la misma mesa se re-

únen ahora los Colaboradores lasalianos, los educadores, las familias y los jóvenes, cada uno aportando su propia luz a la llama común. El Espíritu ha ampliado el círculo, enseñándonos que la fraternidad no es una posesión que hay que proteger, sino una gracia que no puede contenerse. Va más allá de nuestras comunidades, hasta los clamores de la creación, los rostros de los excluidos, el anhelo de nuestra casa común. Esta es la ampliación del sueño de La Salle: que todos podamos convertirnos en compañeros en la comunión de Dios, descubriendo que los demás no son extraños, sino parientes. Nuestro símbolo es el cáliz compartido donde se unen la comunión divina, la historia humana y la fraternidad universal.

En un reciente viaje a varias comunidades de América Latina, me he vuelto a enamorar una vez más de esa tradición social profundamente arraigada y extendida en la región: compartir la bebida tradicional, la *yerba mate*. Un mismo recipiente se pasa y se comparte —puede ser durante todo el día, un poderoso símbolo de auténticos encuentros fraternos.



El *mate* compartido que pasa de mano en mano lleva el sabor de la tierra y el fuego, el aroma de las raíces y el aliento compartido. En su redondez, reconocemos el círculo de comunión que nos ha unido: Hermanos,

Colaboradores, jóvenes y mayores, ricos y pobres, mujeres y hombres, **todos bebiendo de la misma copa de la gracia.**

Cada sorbo es un recuerdo sagrado: “hagan esto en memoria mía”. Recordamos no solo a Aquel que fue el primero en partir el pan y derramar su vida por nosotros, sino también a los innumerables lasalianos que a lo largo de los siglos han hecho lo mismo, convirtiendo sus aulas, sus oficinas y sus barrios en una Eucaristía viva de fraternidad.

Compartir y beber de la misma copa es creer que el corazón de la educación es un encuentro. Es redescubrir, mientras la copa pasa de una mano a otra, que la fe es siempre social, siempre inclusiva, siempre derramada hacia afuera. En este círculo, los extraños se convierten en parientes, y los pobres, los olvidados, los extraños, encuentran un lugar entre amigos. Aprendemos que la escuela lasaliana no es una fortaleza, sino una mesa, donde nadie es excluido, y donde la historia de cada alumno enriquece el sabor de nuestra bebida común.

Y así, caminamos, a veces por senderos familiares, a veces por tramos temblorosos aún en construcción.

Ser lasaliano hoy implica aceptar la gracia la escuela podía convertirse en un altar donde se partía el pan y los corazones ardían con esperanza y el riesgo de construir el puente mientras lo cruzamos.

De hecho, estamos llamados a convertirnos en el puente por el que otros puedan cruzar al otro lado: entre genera-

ciones que ya no hablan el mismo idioma, entre la fe y la duda, entre los gritos de los pobres y el silencio del poder. Cada viga que colocamos es un acto de confianza en el Arquitecto que nos precede: Cristo, el puente entre el cielo y la tierra. Nuestras manos pueden llevar las astillas de esta obra, pero también llevan las marcas de la resurrección.

Cuando elegimos el diálogo por encima de la división, el acompañamiento por encima del abandono, la justicia por encima de la indiferencia, permitimos que el Evangelio vuelva a encarnarse en la historia. Al igual que la imagen de Robert Quinn⁶ del puente en construcción, la Misión Lasaliana no se desarrolla desde la seguridad de los planes terminados, sino desde el valor de comenzar, de dar un paso adelante juntos incluso cuando aún se están sentando las bases. Es fraternidad en movimiento, esperanza en construcción, amor que se atreve a cruzar lo imposible.

Y al final del camino, donde el puente se une con la tierra, encontramos una mesa: amplia, sencilla, luminosa. Es la mesa de la abundancia, donde los pobres no son invitados, sino anfitriones, y donde la educación se transforma en Eucaristía: el quebrantamiento de la ignorancia en comprensión, del aislamiento en pertenencia, de la desesperación en promesa. Aquí, la fe y el amor por los pobres ya no son dos caminos, sino una única forma de percibir la realidad. Durante casi 350 años, los lasalianos han preparado esta mesa en todos los rincones del mundo, no solo para enseñar, sino para hacer presente al Dios que aún desea habitar entre nosotros.

6 Cf. Robert E. Quinn, *Building the Bridge As You Walk On It: A Guide for Leading Change* (San Francisco: Jossey-Bass, 2004).

Estas escuelas, estos centros de esperanza, no son monumentos del éxito; son signos vivos de que el amor de Cristo puede dar un corazón a nuestro mundo y revivir el amor allí donde creemos que se ha perdido la capacidad de amar. Alrededor de estas mesas, los hambrientos son alimentados, los jóvenes descubren su voz y vislumbramos el Reino que está prometido y que ya ha comenzado.

En esta comunión, comenzamos a ver con nuevos ojos: que la copa de *mate*, el puente y la mesa no son símbolos separados, sino un movimiento continuo de gracia. El agua que llena la copa fluye bajo el puente; el puente nos lleva a la mesa; y la mesa nos envía de vuelta al mundo. *Todo está conectado*. La fraternidad que vivimos entre nosotros se extiende a toda la comunidad de la creación: a los bosques y los ríos, a los refugiados y los niños, a la frágil tierra que gime con esperanza. Beber, caminar, compartir: estos son gestos no solo de fe, sino de conversión ecológica, actos de ternura hacia nuestra casa común.

Se nos invita, pues, a convertirnos en “puentes vivos” de comunión, uniendo el cielo y la tierra, lo humano y lo divino, lo roto y lo íntegro. Ser lasaliano en este tiempo es tener la convicción de que ningún grito es ajeno, ninguna herida es en vano, ningún acto de amor es demasiado pequeño para restaurar la armonía de la creación.

Al concluir esta reflexión, no terminamos la andadura; solo damos el siguiente paso. Alrededor de la copa compartida, cruzando el puente inacabado, en la mesa de la abundancia, escuchamos una vez más el latido del sueño de Jesús: “Que todos tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10). Caminemos, pues, como compañeros en el mismo camino, constructores de puentes, portadores de copas, servidores

en la mesa, lasalianos que creemos que la fraternidad no es un sueño del pasado, sino el lenguaje del presente y nuestra esperanza para el futuro. Que nuestras vidas, entrelazadas con la creación y entre nosotros, proclamen lo que nos recuerda la *Reflexión Lasaliana 11*:

“redescubrir que todo está conectado es reconocer que la visión del Evangelio sigue siendo nuestra primera y principal regla”.

Y así, pasamos de nuevo la copa, en memoria de Jesús, en esperanza por el mundo, en comunión con toda la creación, hasta que el sueño de Dios se haga realidad en nosotros.







**Hermanos de
las Escuelas
Cristianas**

La  Salle

   
lasalleorg

www.lasalle.org